

4

-Bueno, no era una vaca después de todo.

Aparicio miraba por encima de su hombro los huesos que, depositados de manera cuidadosa sobre cueros, eran arrastrados con extrema lentitud por el suelo. Habían tratado de subirlos al carro en una primera instancia, pero Torres había notado que el trajinar del carro habría reducido los huesos a polvo. Fue fray Almada –el viejo maestro de la orden en la parroquia de Luján que viajaba con ellos a Buenos Aires– el que había sugerido el traslado en cueros. Cueros arrastrados por el carro. Hubo antes de partir una breve discusión: para Aparicio la llevada en cueros significaba de seguro no poder alcanzar Buenos Aires en la fecha pactada; para Almada, en cambio, resultaba en un carro que se sacudiría poco y resultaría muy bueno para los huesos, los trasladados y los propios. Fue Torres quien terminó terciando el asunto, a favor de Almada y los dichosos cueros, y Aparicio acató como solía hacer con su amigo.

El camino estaba en muy buenas condiciones. Así había quedado como resultado de la expedición que el anterior virrey organizara algunos años atrás, buscando y encontrando salares en el sur, y el uso continuado lo había logrado mantener. No eran más de sesenta y siete los kilómetros que separaban a Luján de Buenos Aires y a

buena marcha, con un par de buenos caballos como los que tiraban del carro del alcalde, seis o siete horas a lo sumo de viaje. Diez si hacían descansos. Con los cueros y los frailes, Aparicio calculaba no menos del doble. Calculaba y bufaba.

-Ya te pareces a Rómulo -comentó Torres, quien no pudo evitar una sonrisa, divertido.

-¡A fe mía! ¡Cómo se quejaba ese cristiano! -Largó la carcajada Aparicio, recuperado por completo de su malhumor. Era un hombre demasiado risueño como para dejar escapar la oportunidad de una sonrisa.

-Es comprensible -entonces era Torres el que miraba por encima de su hombro los numerosos huesos que se arrastraban tras el carro, lentamente-, tuvo que trabajar más que en toda su vida.

Aun con todos los huesos desenterrados, la duda de a qué animal pertenecían se mantenía. Torres había estudiado algo de ciencias naturales en Buenos Aires y no se consideraba un lego, pero la identidad del propietario de los huesos se le escapaba por completo. Aún más, no había podido darle forma con convicción. El apremio de Aparicio por partir y la sugerencia de encontrar en Buenos Aires mejores expertos lo habían desalentado de su idea original de reconstruir el esqueleto en la orilla misma del Luján.

-¡Qué garras que tiene! -Aparicio largó el aire con asombro-. ¡Capaz de partir en dos al más pintado!

Torres no respondió, aunque se le ensombreció el rostro. De inmediato, el alcalde se arrepintió de sus palabras.

-No quise decir que... -Se interrumpió, no sabía cómo continuar-. ¡Tú mismo dijiste que estos eran huesos viejos, enterrados tiempo atrás! ¡No pueden tener nada que ver con Timoteo!

-Este animal seguro que no, pero... ¿y algún otro? ¿Algún animal que no hemos visto nunca? ¿Con unas garras de ese tamaño?

Aparicio rumió una respuesta, pero prefirió callar. Mejor le iba a fray Almada, que, arrullado por el traqueteo lento del carro, se había adormecido. El alcalde cambió de tema.

-No tardará en atardecer. El camino es bueno, pero por tus condenados huesos mejor no avanzar de noche.

-¿Mis condenados huesos? ¡Si fue idea tuya llevarlos a Buenos Aires!

-¡Ah! -rio Aparicio-. Ya verás que don Nicolás Francisco Cristóbal del Campo Cuesta de Saavedra Rodríguez de las Varillas de Salamanca Solís García de Olalla y Sánchez Salvador, marqués de Loreto, virrey de nuestra majestad Carlos III, rey de España, agradecerá el gesto.

-No sé cómo puedes repetir todo ese latiguillo y no quedarte sin aliento.

-Práctica.

Los dos amigos interrumpieron su charla. Con las últimas luces del día se divisaban bien claro, algunos metros más adelante, dos gruesos troncos que cortaban el camino. Cualquiera duda sobre la posible accidentalidad de su colocación se disipaba de inmediato: estaban atados entre sí.

-Bandidos -largó Almada desde atrás del carro, despierto de manera súbita.

-No van a ser indios los que aten dos troncos así, sin duda -respondió con aplomo Aparicio, quien luego azuzó a los caballos para continuar.

-¿Qué hace? -preguntó alarmado el viejo fraile.

-Sigo. -Aparicio giró la cabeza tan solo un momento-. ¿Qué quiere que haga? Si están allí esperando y doy la vuelta, nos alcanzarán en un santiamén. Mejor seguir y ver qué pasa. Con algo de suerte..., bueno, con mucha suerte, no hay nadie. Y si están, tal vez solo pretendan cobrar el paso. En todo caso, vamos allá.

No alcanzaron a llegar que ya descubrían que suerte iban a tener muy poca. Tres hombres salieron a paso quedo detrás de un monte y se apostaron más allá de los troncos cruzados. Esperaron con paciencia a que el carro llegara hasta ellos. Uno de los tres, que se destacaba de los otros por sus gruesos aros dorados en las orejas y porque le faltaba la casi totalidad de los dientes, los saludó con un gesto: levantar apenas un ancho sable corto con su mano derecha.

-Muy buenas, padrecitos. Que Dios los bendiga -exclamó y sonrió de manera horrible, mostrando la oscura cavidad sin barreras que era su boca.

-Que el Señor esté contigo, hijo. -Fue Almada quien le contestó, decidiendo por sí solo llevar la voz cantante.

El de los aros giró quedo la cabeza y, fuera el que fuera el gesto que dedicó a sus compañeros, estos se lo celebraron con una carcajada seca y corta como el ladrido de un perro.

-¿Qué llevan ahí? -miró curioso más allá del carro-. ¿Huesos para la sopa?

-Menuda sopa -comentó uno de los otros dos.

-Vamos rumbo a Buenos Aires, hijo, con este importante descubrimiento -habló nuevamente Almada, cosechando de inmediato miradas de censura de Torres y Aparicio, que no notó o decidió ignorar-. Nos esperan.

-Un importante descubrimiento... -repitió el de los aros, mirando intrigado esos grandes huesos amarillos-. Para mí que es el esqueleto de una vaca.

-Menuda vaca -metió baza una vez más el que permanecía detrás.

-Si nos hace el bien de apartar esos troncos... -Almada estaba algo pálido y con la garganta reseca-, seguiremos nuestro camino en paz. Con Dios y con el mundo.

-Bien, muy bien. -El de los aros seguía mirando los huesos, pero a las claras pensaba en otra cosa-. Sacamos los troncos, cómo no, padrecito. Pero eso va a ser después de que vuestras mercedes nos entreguen el oro y la plata que llevan, y desenganchen los caballos.

Aparicio dejó escapar un gemido de decepción y Torres observó que movía lentamente una de sus manos bajo el pescante del carro. Sabía que su amigo guardaba allí una pistola cebada.

-Llevarse nuestros caballos es asesinarlos, señor -decidió entonces intervenir Torres-. Ya ve usted que nos acompaña un hombre mayor. Llegar a pie a la ciudad nos será muy difícil.

-Ajá -coincidió con poco interés el de los aros.

-Permítanos seguir nuestro camino. Quédese con el poco dinero que llevamos, pero respete nuestros caballos -culminó su súplica el fray Torres, siempre mirando de reojo y con preocupación la mano oculta de Aparicio. No se le había escapado que el gesto de su amigo había despertado la atención de los tres ladrones.

-No creo, no. -El de los aros volvió a sonreír con su caverna sin dientes. Entonces señaló con el sable a Aparicio-. Gordinflón, las manos quietas o voy a cortar algo de grasa.

Aparicio había empuñado ya la culata de su pistola cuando escuchó esto. Paralizado, sacó lentamente la mano vacía de debajo del pescante.

-Bueno. Soltando los caballos -insistió el de los aros.

El disparo sonó al mismo tiempo, o eso pareció, que un millar de astillas estallaban en el tronco justo debajo de la cara del hombre. Fue tal su sobresalto que el sable voló de su mano y desapareció atrás de unos matorrales. No fue el único en sorprenderse. Los dos caballos relincharon furiosos y solo la rápida reacción de Aparicio evitó que se encabritaran. Por su parte, Almada desapareció en la caja del carro con un «¡Ave María!» y los dos bandidos que estaban más atrás saltaron como ranas a dúo.

Todavía parpadeaba confundido el bandido de los aros cuando se escuchó una voz ronca y con acento.

-Ese fue mi único disparo de advertencia. Tiren sus armas y desaten los árboles.

Los tres bandidos se miraron entre sí mientras buscaban el origen de la voz sin encontrarlo. Luego de unos segundos, la voz volvió a dejarse oír.

-No veo que estén desatando ni tirando nada. Quizá los señores buscan más plomo.

-¡Dispara, y aunque mates a uno de nosotros, los otros dos te atraparemos antes de que recargues la carabina! -gritó con coraje el de los aros, pero se notaba en su cara y en sus ojos que ese coraje era cualquier cosa menos sentido.

-Tengo pronta otra carabina, dos pistolas cebadas y en lo que dispare todo eso, mi hijo ya tendrá recargada la primera -explicó con calma la voz ronca, mientras bandidos y viajeros trataban de ubicar su origen. Era inútil, la voz reverberaba entre los árboles-. Y explico todo esto no para evitar derramar sangre, sino porque las municiones no son baratas...

Los bandidos no se decidían. El de los aros, que era el que llevaba la voz cantante, había quedado desarmado con el

primer disparo (y algo de su propia torpeza) y miraba a los otros dos de manera significativa. Uno de ellos, con muy poco convencimiento, asintió por fin.

El hombre sacó una daga del cinturón y la mantuvo escondida junto al cuerpo. Torres, Aparicio y Almada lo vieron, pero no atinaron a hacer nada, convertidos tan solo en espectadores desde el momento del disparo. Entonces el hombre de la daga saltó por encima de los troncos.

Los tres viajeros comprendieron de inmediato sus intenciones: llegar al carro hasta tomar un rehén y hacer salir al tirador de la espesura. Pero el tirador entendió lo mismo que ellos. Volvió a disparar. La bala dio en la pierna derecha del bandido, que se retorció en el aire con un grito. Sus dos compañeros lejos estuvieron de cumplir con la amenaza de buscar al tirador si volvía a disparar. Giraron sobre sus talones y pusieron pies en polvorosa. El herido no tardó en imitarlos, con mucha más lentitud y dolor, dejando tras de sí un reguero de sangre.

Cuando por fin no se divisaba a ninguno de los tres, el tirador salió de atrás de unos matorrales. Era un hombre de cuarenta años, pero joven todavía su rostro. Unos ojos claros, de mirada adusta pero amable, coronaban una cara blanca y sin arrugas. Un ancho bigote negro bajo la nariz. Una boina vasca que no disimulaba su incipiente calvicie. Vestía un chaleco y un saco liviano y portaba la anunciada carabina en las manos. Una cadena de reloj colgaba del bolsillo del chaleco. Las dos pistolas declaradas estaban cruzadas en su cinturón. Llegó hasta el carro y saludó con una inclinación de cabeza.

-Muchas gracias por su intervención, señor -devolvió la inclinación de cabeza Aparicio.

-Faltaba más. -El acento, entonces reconocible, lo delataba como vasco en el acto. Y por si había alguna duda, agregó:- Iñaki Aguerrebere, para servirles.

Los otros tres se presentaron. Torres buscaba más allá del recién llegado.

-¿No dijo usted que lo acompañaba su hijo, señor? - preguntó al fin.

-¡Aitor! -gritó Aguerrebere como toda respuesta.

Un muchacho de apenas catorce años salió del mismo sitio que Aguerrebere poco antes. Era la viva imagen de su padre, aunque más delgado, con más pelo y sin bigote. Vestía de manera idéntica, aunque le faltaba el reloj. Inclino la cabeza, imitando hasta el gesto de su progenitor. Cargaba en sus manos otra carabina y a su espalda un gancho con una docena de perdices.

-Nosotros también volvemos a Buenos Aires -explicó Aguerrebere padre-. Si gustan, podemos acompañarlos.

-Encantados -respondió Almada antes que nadie.

Los dos Aguerrebere desataron y separaron los troncos, y pronto el carro volvió a ponerse en camino. Si la lentitud del viaje los incomodaba, no se quejaron. Por insistencia de Torres, y para desagrado de Almada, finalmente Aitor accedió a dejar las perdices en la caja del carro.

-Celebro que no haya matado a ese hombre -se permitió comentar Torres cuando hubieron dejado atrás el lugar de los incidentes.

-Cuesta lo mismo en una pata -ni siquiera giró la cabeza el vasco al responderle- y no hay que andar enterrándolo después.

Tragando saliva, Torres se recostó en su asiento algo lívido. En cambio, Aparicio festejó la ocurrencia del cazador con una brillante sonrisa.

5

Buenos Aires se ha convertido en un monstruo. Eso pensó el fray Manuel de Torres cuando el carro abandonó el camino Real y comenzó a internarse en la ciudad cada vez más edificada. Todavía en las afueras se despidieron de Aguerrebere y su hijo. El vasco los saludó con la mano cuando su silueta se recortaba con las últimas luces de la tarde. Su hijo cargaba al hombro las perdices y no giró la cabeza.

Las calles de tierra dieron paso al empedrado y allí surgió el problema de qué hacer con los huesos, una vez más. Almada fue quien terció nuevamente y los huesos se acomodaron en la parte de atrás del carro, lo mejor envueltos posible, con los mismos cueros que le habían servido de transporte. El resto del camino lo hicieron en silencio. Hasta Aparicio, que era quien viajaba a la capital con más frecuencia, miraba asombrado. La ciudad parecía crecer frente a sus ojos.

Había algo casi sobrenatural en la manera que las calles, los edificios, los comercios, se reproducían aquí y allá. Casas, casas y más casas. La ciudad se sentía anhelante, preparada para el cambio de siglo que en el resto del continente todavía estaba a trece años de distancia, pero aquí parecía ya haber llegado o al menos así se respiraba desde que Buenos Aires se había convertido en la capital

del virreinato. La propia gente aparentaba saberlo. Torres estaba aturdido. Se gritaba en las calles, se pregonaban productos, se llamaban unos a otros a los berridos. Todo el mundo parecía gritar, todo parecía causar ruido. Sonaban campanas, los animales mugían, balaban, relinchaban. Todo estaba tan alejado de la silenciosa Villa de Nuestra Señora del Luján que aturdía. Los olores eran también intensos. La masa humana olía, a orines, a sudor, a trabajo, a suciedad. Aparicio arrugó la nariz con un gesto y se sintió más provinciano que nunca.

Dejaron a Almada en la parroquia a la que Torres volvería más tarde, a la noche. El carro con los huesos –que generaron en cada parada obligada una pequeña ronda de espectadores que no tardó en ponerse en desacuerdo sobre la identidad del animal que los había engendrado– recorrió a paso cansino la distancia que lo separaba de las afueras hasta la casa del virrey en pleno fuerte de la ciudad, quien había sido avisado de su llegada.

Para Torres –cuando tarde, mucho más tarde, de regreso en la parroquia, se puso a recordar el encuentro–, todo había ocurrido como dentro de un manto irreal. La vivienda de Nicolás del Campo, virrey del Río de la Plata, era el mismo recinto militar, pero el fray no alcanzó a verlo con detalle, ya que a poca distancia del lugar una escolta salió a su encuentro y les abrió paso disipando en un instante a los continuos curiosos que quedaron más allá de la muralla. Torres no llegó a retener siquiera la imagen del murallón de piedra (apenas si se deslumbró con los reflejos del sol en los muchos cañones) que ya estaba adentro. Guiado por Aparicio, quien ya había pasado por aquella situación alguna que otra vez, llegó hasta un cuarto decorado de manera barroca –que nada tenía que ver con el marco militar que lo albergaba– donde le alcanzaron una jofaina con agua tibia para que pudiera higienizarse.

–Tenemos suerte –comentó Aparicio–. Nos recibirá ahora mismo, en la cena.

Cómo Aparicio había comprendido que eso era lo que ocurriría, Torres no lo sabía. Se limitó a asentir en silencio y a contemplar cómo el agua en la jofaina se ennegrecía con la tierra del camino. El alcalde de la Villa del Luján aprovechó una habitación contigua, un cambiador, para ponerse ropas limpias, pero Torres –que no tenía más que el hábito que lo cubría– aceptó ser cepillado por una suerte de edecán que resistió estoico los kilos de polvo y tierra que se levantaron por el aire en un instante. De allí, como si lo llevaran en andas, recorrió extensos pasillos tras la estela que dejaba un Aparicio cargado de perfume, mientras el servicio abría y cerraba puertas a su paso. Sin haber dicho una sola sílaba desde que entrara al fuerte, Torres se encontró sentado a la mesa y enfrente, el marqués de Loreto, virrey de su majestad Carlos III.

El virrey contaba con poco más de sesenta años, pero el rostro todavía permanecía joven y sin arrugas. En su rostro destacaba una nariz espigada y una boca proclive a la sonrisa. Los ojos negros brillaban simpáticos y Torres creyó detectar una mirada burlona en ellos ante el saludo protocolar que le brindaba su amigo Aparicio. La cuota de buen humor que transmitía no se condecía con la reputación de su tremendo carácter y continuos malhumores. Torres había escuchado que se lo tildaba de hombre severo, y eso en el mejor de los casos. El virrey saludó a Aparicio con apenas una inclinación de cabeza y le indicó con un gesto que podía sentarse. En cuanto al fraile, no le dedicó siquiera una mirada. El virrey se mantuvo un largo instante en silencio, ocupado en acomodarse sutilmente su peluca, aunque no logró con eso evitar que parte de su cabello original –que para colmo era fuertemente pelirrojo– asomara.

No se encontraban solamente ellos tres en la mesa. Un cuarto individuo ya estaba allí antes de que ellos entraran; se puso de pie a la hora de recibirlos en la mesa con una queda reverencia y luego permaneció en silencio, con claras intenciones de pasar desapercibido. Era un hombre

joven, de seguro no había cumplido aún los treinta años, de pelo negro, ojos tan negros como el pelo y un rostro tostado que brillaba con un afeitado perfecto. No llevaba peluca, para el asombro reprobatorio de Aparicio. Vestía ropas lo bastante lujosas como para indicar su estrato de origen. A pesar de su saludo, no se presentó y se limitó a esperar (como los recién llegados) a que el virrey tomara la palabra.

-Me dicen que me has traído unos huesos. -El marqués de Loreto rompió el silencio recién al momento de que se les sirviera la sopa.

Huesos y sopa formaron una imagen inmediata en el orondo Aparicio (recordó al instante a los bandidos) que se guardó mucho de expresar, y en cambio asintió con la cabeza. Eso provocó un silencio incómodo, ya que por lo pronto el virrey no pretendía decir nada más.

-Sí, su excelencia -largó Aparicio al fin-. En verdad es un descubrimiento de mi amigo, el fray Manuel de Torres, aquí presente.

Al fin el virrey dedicó una mirada a Torres, quien se mantuvo impasible.

-Los he visto -exclamó entonces el gobernante para sorpresa de los otros dos. De seguro había acudido al carro mientras ellos se preparaban para la cena-. Son algo impresionante sin duda. ¿Han dictaminado a qué animal pertenecen?

-No -habló Torres por primera vez-. Pero, sea lo que sea, es muy grande. Probablemente de lo más grande que se puede encontrar por la zona.

El virrey asintió y, como bendecido por un toque divino, Torres entendió de inmediato. Todo ese protocolo de frialdad en el recibimiento era tan solo una pantalla. El virrey estaba ansioso por hacerse con esos huesos,

empaquetarlos y mandarlos rumbo a Carlos III. Se le notaba en la mirada y en esa media sonrisa que amenazaba a despuntar en sus labios. Él, al igual que Aparicio, había entendido de inmediato lo importante que podían ser esos huesos ante el rey naturalista.

-Bien... ¿qué se supone que podría hacer yo con esos huesos?
-El virrey sonreía de manera amplia.

La pregunta era por completo retórica. Aun así, Aparicio la contestó:

-Pues mandárselos a su majestad en España... De seguro le interesarán.

-De seguro -coincidió el gobernante. Entonces se giró hacia el cuarto individuo y por primera vez se dirigió a él en forma directa-. ¿Usted qué cree, mi estimado don Bedoya? No en vano acaba usted de llegar de la corte.

Incómodo por ser el centro de la atención -en particular de la atención de Aparicio, que ante la mención de «la corte» lo miraba casi con devoción-, el tal Bedoya carraspeó. Dejó con cuidado la cuchara aún con sopa de regreso en su plato y se tomó un momento para responder.

-No me cabe duda, si los huesos en cuestión son tan peculiares como parece. -Su voz era grave y educada, con un marcado acento madrileño-. Su majestad no hace siquiera tres años que ha puesto en funcionamiento el Gabinete de Ciencias Naturales. Busca agregados todo el tiempo.

-Pues entonces no tardaremos en enviárselos -pareció zanjar toda la conversación el virrey. En ese mismo instante entraron desde la cocina el asado pronto para ser trinchado y varias fuentes más con comida. El marqués de Loreto pareció perderse entre aquellos manjares, pero de repente devolvió su atención a Aparicio-. Debo suponer, mi estimado alcalde de la Villa del Luján, que espera usted alguna retribución por el descubrimiento.

-No, no, por supuesto que no -se apresuró a contestar Aparicio-. Si tan solo mi nombre y el de la villa fueran mencionados a su majestad ya me daría yo por satis...

-Sí, esperamos algo a cambio -lo interrumpió fray Manuel de Torres.

El silencio llenó el comedor como una presencia física. Aparicio miraba a su amigo con los ojos desorbitados y Torres no pudo evitar sentir cómo una fría gota de sudor le recorría la columna, arañando a su paso.

-¿Y qué sería eso, estimado Fray? -La amabilidad volvía melosa la voz del virrey, pero sus ojos eran fríos, secos.

-Un joven, un niño, Timoteo, desapareció la misma noche que encontramos estos huesos -se explicó Torres, quien se sorprendió a sí mismo de poder sostenerle la mirada al poderoso gobernante sin pestañear-. Y aunque nos hemos esforzado, no hemos encontrado ningún rastro de él.

-¿Lleva desaparecido cuánto tiempo? -intervino Bedoya, quien parecía interesado de manera genuina.

-Varias semanas.

-Entonces ya lo daría yo por muerto -concluyó, brutal, el virrey-. O abandonó a su familia para no volver.

-Quizá, aunque no lo creo. -Torres evitaba mirar por completo a su amigo Aparicio, pero imaginaba su mirada tensa y demandante.

-¿Y qué pretende usted de mí? -El marqués de Loreto casi que sonreía. Esperaba un pedido de donación para una capilla, para algún tipo de recordatorio al respecto del niño desaparecido. Era lo usual. Pero Torres no era como ninguno de los religiosos con que se había topado antes.

-Un contingente de hombres. Un grupo que haga una búsqueda organizada -siguió el fraile y el virrey enarcó ambas cejas-, que, si no encuentra a Timoteo, al menos nos dé una respuesta de qué pasó con él.

-Los huesos de ese animal... -una vez más, era Bedoya quien intervenía. Era evidente que llegaba con las mejores recomendaciones si podía hablar a su antojo en la mesa del virrey- ¿pueden tener algo que ver con la desaparición del muchacho? No digo que ese animal en cuestión sea el responsable..., pero quizá sí alguno de su misma especie.

-Quizá. -Torres no podía ni negarlo ni afirmarlo, pero, si por esa sospecha conseguía el puñado de hombres que pedía, no iba a disiparla. Amén de esto, recordaba las enormes garras del animal que habían traído y no podía sino tragar saliva.

-Bueno -cortó por lo sano el virrey, al tiempo que indicaba que se sirviera el asado-, veremos qué se puede hacer. Por hoy, no hablemos más de huesos y ocupémonos de la carne.

Y pronto hablaba exclusivamente con Aparicio, quien fingía estar por demás interesado en los chismorreos de Buenos Aires y las continuas protestas de los comerciantes. Torres apenas si probó bocado. La mención de los huesos y la carne lo había repugnado. Por un momento imaginó que ese costillar humeante en la mesa pertenecía a Timoteo y ya después no pudo quitarse la tan absurda como horrible imagen de la cabeza.